

ESCUELA DE CATEQUISTAS

Diócesis de Alcalá de Henares

FORMACIÓN PERMANENTE

LA ESPIRITUALIDAD DEL CATEQUISTA AL HILO DE LA OBRA DE
S. AGUSTÍN, *LA CATEQUESIS A LOS PRINCIPIANTES*

Lección 5:

TRES CONSIDERACIONES AL TERMINAR LA NARRACIÓN DE LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN

I. RECAPITULACIÓN DE LAS CLASES ANTERIORES

PRIMERA CLASE (Números del 1 al 4)

Identificar el verdadero asunto y la verdadera dificultad de la catequesis.

La catequesis es un ejercicio de la más alta caridad cristiana. Su verdadera dificultad está justamente en hacer que sea un acto de caridad, en el que el catequista dé con alegría.

La fecundidad de la catequesis está en la caridad del que da con alegría.

Ante las diversas dificultades de Deogracias, S. Agustín viene a decir que lo difícil no es establecer qué cosas, objeto de nuestra fe, debemos exponer, ni por dónde debemos empezar y por dónde terminar. Ni cuándo debemos extendernos y cuándo debemos abreviar. Lo realmente difícil es no caer en el tedio, o mejor, ofrecer nuestro servicio con alegría. Esto es lo primero que debemos buscar:

Lo que siempre hemos de cuidar sobre todo es ver qué medios se han de emplear para que el catequista lo haga siempre con alegría, pues cuanto más alegre esté más agradable resultará... Pero el que esta alegría

aparezca en el momento oportuno corresponde a la misericordia de aquel que nos ordena la generosidad¹.

SEGUNDA CLASE (Números 5 y 6).

1. Los fundamentos de la exposición y la transmisión de la fe.

Los fundamentos de la catequesis son los hechos más importantes de la historia sagrada, la historia donde Dios se nos ha revelado.

2. ¿Cómo hay que referir esta historia de la salvación en la catequesis?

- En su unidad y totalidad.
- La obra de Dios hay que referirla siempre a su fin y centro: Cristo.
- Esa historia abarca el tiempo presente de la Iglesia, que es tiempo de Cristo, vivo y presente en ella y en sus sacramentos.

3. ¿Cómo debemos narrar la historia de la salvación?

Hay que escoger los grandes núcleos, donde se contemplan las mayores maravillas obradas por Dios, exponerlos con detenimiento y desentrañar su significado. El resto basta compendiarlo en una exposición general.

4. El fin al que debemos tender: el amor *de* Dios y el amor *a* Dios (el principio sintético de la catequesis agustiniana).

Cuanto nosotros digamos en la catequesis debe conducir a este fin doble:

- mostrar cómo Dios en un acto libre, en un acto de su libertad, ama y se ofrece al hombre;
- y mover la libertad del hombre para que responda a este amor de Dios.

Todo conduce a Cristo. En él brilla el amor de Dios y, justamente así, él es la gran llamada al amor a Dios. Él, vivo y presente, es el centro y el fin de la catequesis.

TERCERA CLASE (Números 7 y 8).

Cómo mostrar el amor de Dios y cómo llevar al amor a Dios.

Si hay algo que muestra el verdadero rostro de Dios y su amor al hombre y es capaz de enseñar al hombre el precepto del amor, eso es la persona de Cristo. ¿Cómo?

1º. Adelantándose en el amor.

¹ SAN AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*. En: *Obras completas de san Agustín XXXIX*. Ed. JOSÉ OROZ RETA (BAC 499; Madrid 1988) 453

2º. Envolviendo nuestra miseria con su misericordia.

3º. Amándonos y mostrándonos su amor con la mayor humildad.

CUARTA CLASE (Números 9-13)

Disposiciones del catequizando:

1. Los que se acercan a la catequesis con temor a la severidad de Dios.
2. Los que vienen sin ninguna intención de ser realmente cristianos, solo de simularlo.
3. Los que de forma abierta nos dicen que no tienen ningún interés en escuchar lo que podamos decirles.
4. El que cree haber tenido un aviso directo de Dios para hacerse cristiano.
5. Cuando vienen a la catequesis hombres verdadera y profundamente cultos y cuando vienen hombres acostumbrados al arte de la oratoria.

II. ALGUNOS CONSEJOS PARA EL FINAL DE LA NARRACIÓN DE LA CATEQUESIS (nº 11).

El último día nos saltamos el número 11 de la *Catequesis a los principiantes*. Allí san Agustín da algunos consejos sobre el contenido final que debe tener esta catequesis, una vez que se ha terminado de narrar la historia de la salvación.

Responde así a una de las cuestiones que le había formulado Deogracias: si debía añadir a la narración alguna exhortación o la explicación de los preceptos cristianos.

La respuesta de Agustín es afirmativa. Tres asuntos, señala san Agustín, que deben ser tratados en este momento: 1) La esperanza de la vida eterna, que incluye la resurrección de la carne y el juicio de Dios; 2) Prevenir a los catecúmenos de los escándalos de fuera y, sobre todo, de los escándalos de dentro; y 3) Advertirles de que no pongan su confianza en hombre alguno, sino solo en Cristo, el que les justifica, y se empeñen en progresar en su seguimiento. Estas son las tres cosas básicas en las que hay que insistir al final, después de haberles mostrado con la exposición de la Historia de la Salvación, el amor de Dios y de haberles incitado a él. Analicemos ahora cada uno de esos puntos.

Recuerdo solo que estamos hablando de la catequesis de los principiantes, es decir, aquella primera catequesis que hoy podría coincidir con la catequesis del pre-catecumenado.

1. LA ESPERANZA DE LA VIDA ETERNA.

Este es el primer contenido en el que hemos de insistir: «**Una vez terminada la narración, debemos insistir en la esperanza de la resurrección**»². Ese tema incluye la resurrección del cuerpo y el juicio justo de Dios. Para san Agustín, como para toda la Tradición, no se trata solo de insistir en una vida después de la muerte, que puede ser interpretada de muchas formas, sino en la resurrección de la carne y en el juicio justo de Dios.

La resurrección de la carne fue un caballo de batalla para la Iglesia de los primeros siglos, porque la cultura greco-romana a la que tenía que evangelizar creía en la pervivencia del alma tras la muerte, pero no del cuerpo. Había establecido una separación absoluta entre el alma y el cuerpo. Era una cultura profundamente hedonista, que quería dar satisfacción al cuerpo, y les parecía que aquello de lo que el cuerpo era protagonista poco o nada influía en el alma. De ahí que dieran rienda suelta a todos los placeres del cuerpo sin preocuparse mucho sobre la repercusión que eso pudiese tener para el alma eterna.

Nos puede chocar esta dicotomía al contemplar el s. IV; sin embargo, nosotros estamos viviendo en una época donde, con otra forma más dañina, han retornado estas ideas dualistas.

Pondré un ejemplo de esta separación que se establece hoy en el ser humano. Se dice que “el ser humano” no es hombre ni mujer, que la corporeidad y la sexualidad que hacen que uno sea “varón” o “hembra” poco o nada tienen que ver con “lo realmente humano”, y que por lo tanto la sexualidad, como todo lo que pertenece al ámbito del cuerpo, es objeto de libre elección. Es decir, que se puede elegir lo que se quiere ser. Se niega que exista una unidad intrínseca entre cada hombre concreto y su cuerpo. Y entonces, si el cuerpo está separado de lo que soy yo realmente, ¿qué más da lo que él haga? Lo mejor es darle lo que le plazca. De esta forma, la sexualidad es separada de su responsabilidad social, de su ordenamiento natural a la procreación y de la expresión del amor conyugal definitivo y único. Y si es así, uno puede dar rienda suelta a los deseos de cada instante, sin preocuparse de nada más, porque lo que haga el cuerpo para darse

² *Ibid.*, 465

gusto, no tiene consecuencias en la vida social (“no hace daño a nadie”), no tiene consecuencias sobre la propia psicología y la propia personalidad (“no te hace daño”). Eso es lo que está en la mentalidad de nuestros días, la mentalidad que quiere implantar la «ideología de género». Os invito a leer lo que dice sobre este asunto la carta pastoral de nuestro obispo «Por un plato de lentejas».

Este ejemplo, nos ayuda a entender que estamos, aunque nos parezca sorprendente, en un momento muy parecido al del s. IV-V en el que vive san Agustín.

Aunque entre nosotros la cosa ha llegado a ser más terrible, porque después de haber dicho: el alma y el cuerpo son dos realidades separadas e independientes, nuestra cultura ha afirmado que el alma no existe, que el hombre es solo el cuerpo y sus instintos, solo materia. Y si solo es esto, ¿qué necesidad hay de negarle lo que pida, siempre que sea técnicamente posible dárselo?

La cultura pagana de los tiempos de san Agustín vivía con cierta angustia el incierto destino del alma eterna. Vivía en la oscuridad sobre el destino del alma eterna y eso le provocaba angustia. Era hedonista y quería dar satisfacción al cuerpo, pero se preguntaba sobre el destino eterno. Hoy es distinto, lo que hace al hombre “ser humano” es algo distinto del cuerpo, pero nadie dice qué es. Desde luego, según la mentalidad moderna, no es un principio eterno. De hecho, parece que no es nada, solo la voluntad, lo que uno quiera ser. El hombre es voluntad, es deseo ciego, sin origen, sin fin, sin sentido.

Entre nosotros, en nuestra cultura poscristiana, se ha verificado, en un primer momento, la separación de alma y cuerpo; pero en un segundo momento, lo que realmente se dice es que el hombre solo es cuerpo, solo es instinto, solo es materia,... por lo tanto, la libertad y la moralidad son solo palabras huecas. Si solo somos materia, entonces todo está determinado por la combinación de los elementos, por la combinación energética en nuestro sistema nervioso. La tendencia al arte, a lo bello, la tendencia al bien, la tendencia a la verdad, es mera apariencia. No somos libres, estamos determinados por la materia y su combinación de energía. Lo mejor que puede hacer el hombre es dejarse llevar por sus instintos, porque es la única guía que tiene, la que le marca su instinto y sus afectos; no poner esperanza en ninguna otra cosa, porque el hombre no es más que materia.

Es curioso cómo la cultura moderna poscristiana nos ha robado un vocablo importante para la cultura bíblica y cristiana: “el corazón”. Cuando el hombre de hoy habla de “corazón”, habla de los sentimientos y de la influencia de las tendencias e instintos corporales sobre él. Para la Biblia y para la tradición cristiana, “el corazón” designa algo mucho más grande. Ciertamente que él es sede de los sentimientos y que esos sentimientos se ven como hostigados, empujados o atraídos por las necesidades corporales y sus instintos. Pero el corazón es mucho más: es la sede donde se realiza un verdadero diálogo interior entre la razón que expone la verdad de lo que entiende de las cosas, de los otros y de sí mismo, donde la conciencia, que trae la voz de Dios expone sus razones, donde se escucha también las razones y los deseos que los otros nos ofrecen, donde se escucha a Dios que se ha revelado justamente por su Palabra, donde también el cuerpo,

sus tendencias, sus necesidades y sus instintos dejan oír su voz, donde, entre todas estas voces y requerimientos —de la razón, de la memoria, de la conciencia, de la voz de los otros, de la voz de Dios en la revelación, de las tendencias del cuerpo— surgen y se modelan los afectos. Pero allí el hombre da fe a Dios, allí se decide a amar a Dios y a sus semejantes, allí habita la esperanza, allí acoge el principio de la inhabitación trinitaria.

Los antiguos paganos representaban las pasiones como un conjunto de caballos desbocados que tira cada uno hacia donde le parece bien y que tienden a romper al hombre, y la convivencia humana, en pedazos. Ya ellos, que sí comprendían, aunque fuesen paganos, la existencia en el hombre de un principio rector superior, sabían que el alma, la inteligencia y la voluntad del hombre, debían imponer su criterio sobre las pasiones, conforme a lo que parece ser el bien que le corresponde al hombre y a la sociedad humana. Sabían que la razón y la voluntad debían gobernar todas aquellas tendencias volubles, caprichosas, pero llenas de fuerza. Si esto no fuese así se ponía en peligro la vida del mismo hombre y la vida de la sociedad. Todo podía terminar en un caos.

Los cristianos entendieron que el corazón es el ámbito privilegiado donde se lleva a cabo el diálogo entre Dios y cada hombre. Y donde el hombre se decide y afronta su destino ante el requerimiento del amor de Dios. De ahí la importancia que ha tenido siempre para el cristianismo este término. El cristianismo no es mera afirmación de verdades, no es mero sometimiento al Dios único, el cristianismo no es mera costumbre, no es tampoco un ritual, ni una norma ética externa. El cristianismo depende y se forja en este encuentro entre el hombre entero y Dios que nos ha llegado por su Hijo hecho hombre. El cristianismo se forja en el corazón.

Pero hoy, ¿qué es el corazón? Hoy es tenido solo como la sede de las emociones, sin gobierno alguno, sin Dios, sin verdad... Es decir, hoy el corazón ha dejado de ser el principio de la libertad humana, y se ha convertido en un tirano, porque le han arrancado la conciencia, la razón, y al Dios revelado, y le han dejado sin ninguna luz superior, a solas con las tendencias que le llegan del cuerpo y las pasiones que brotan de él.

El caso es que la separación entre alma y cuerpo significaba ya en la antigüedad, en la práctica, la invitación a una gran inmoralidad. Y era también origen de una gran extrañeza respecto a la esperanza propiamente cristiana sobre la vida eterna, que es la esperanza de participar de la resurrección de Cristo, esto es, de una resurrección del hombre verdadero, alma y cuerpo.

Para la Iglesia la fe en la vida como resurrección de la carne era irrenunciable, por varios motivos: primero, por el testimonio apostólico. Los Apóstoles habían dado testimonio de la resurrección de Jesús, de que su cuerpo había realmente resucitado, no a una vida similar a la anterior, sino a la vida divina, sin relación alguna ni con la muerte ni con las otras limitaciones que experimentamos en esta vida. Por eso san Pablo hablará de un cuerpo glorioso. Jesús había resucitado con su cuerpo humano, glorificado, divinizado, pero el cuerpo que había tomado de María. No solo había resucitado su ser divino, ni

solo su alma humana, sino Jesús, el Dios verdadero y el hombre entero, alma y cuerpo.

Pero el testimonio apostólico sobre esta resurrección de Jesús, como un hombre verdadero que entra en el ser de Dios, implicaba también una esperanza sobre el destino del hombre. Es el hombre entero el destinado a vencer la muerte, el destinado a la vida de Dios. También nuestra carne, que tanto ha sufrido en esta vida, también ella verá a Dios y participará de su vida. La Iglesia no podía renunciar ni al testimonio de los Apóstoles sobre la resurrección de Jesús, ni a una esperanza de este calibre.

Cualquier otra esperanza de supervivencia tras la muerte quedaba y queda muy lejos del contenido de la esperanza y de la experiencia cristiana.

Y digo experiencia porque el testimonio apostólico de la resurrección que funda la esperanza cristiana, es el testimonio de una experiencia. Esto se deja ver por ejemplo cuando el libro de los *Hechos de los Apóstoles* narra la elección de un hombre que sustituya a Judas en el grupo de los Doce: «**Es necesario, por tanto, que de los hombres que nos han acompañado todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado de entre nosotros, uno de ellos sea constituido con nosotros testigo de su resurrección**» (Hch 1,21). La esperanza cristiana se fundamenta en algo ya dado, no en un mero deseo o en una mera tendencia del alma. La esperanza cristiana se fundamenta en lo que los apóstoles contemplaron de forma inesperada en la resurrección de Cristo. Esto es algo que hay que subrayar: normalmente las esperanzas de una pervivencia de la vida, que dan las religiones, se fundamentan más en el deseo natural que el hombre tiene de sobrevivir a la muerte, que en otra cosa. Y ese deseo choca con la experiencia cotidiana, que parece contradecirlo: ¿Quién ha visto a un muerto volver de la tumba? Por eso muchos han acusado a las religiones, con su esperanza en la pervivencia tras la muerte, de ofrecer un narcótico al hombre. Sin embargo, la esperanza cristiana va más allá de la esperanza que haya fomentado cualquier religión o cualquier filosofía. Nuestra esperanza tiene un contenido infinitamente más grande y se fundamenta no en un sueño, sino en lo ya dado en la persona de Cristo, en la resurrección del hombre Jesús.

Cualquier otra esperanza de supervivencia tras la muerte queda muy lejos del contenido de la esperanza y de la experiencia cristiana. ¿Por qué?

Primero, porque el cristiano no espera la supervivencia de una parte del hombre, de alguno de los aspectos de la vida humana, sino del hombre entero, espera la vida del hombre completo y, más aún, el rescate de toda su historia, de

todos sus sufrimientos, de todos sus méritos y la purificación y el perfeccionamiento de toda su persona. No solo la supervivencia del alma.

Segundo, porque no espera cualquier forma de vida o de subsistencia, sino que espera vivir la vida de Dios, la misma vida divina.

Tercero, porque esta vida divina no es la vida de los dioses paganos, que todos admitían imperfectos, imposibles de identificar con el Dios verdadero. La esperanza cristiana de la vida eterna no apunta a estos dioses de segunda, sino al Dios verdadero, al Dios absoluto, a ese Dios al que ninguna religión, antes de la revelación a Israel, se había atrevido a dirigir su súplica y mucho menos la esperanza de su vida, porque creía demasiado lejano. Era el Dios al que los filósofos apuntaban con la razón. En esto los filósofos griegos habían sido mucho más audaces que las religiones. Ellos habían dirigido su razón al Absoluto. Sin embargo, no podían imaginar que ese absoluto fuera un Dios personal y pocos habían albergado alguna esperanza de alcanzarlo.

Cuarto, que el Dios al que aspira no solo es el Dios absoluto, sino un Dios personal, alguien con el que se puede entablar relación. Más aún, que es Trinidad, es decir, que es amor y que, por tanto, la relación que se puede establecer con él es una relación de amor. Es verdaderamente sorprendente captar la imagen de la Trinidad que la resurrección de Jesús nos ha revelado: este Dios Absoluto, personal, Trinidad y amor, incluye al hombre, porque en la Trinidad el Hijo es para siempre también hombre. Este es el verdadero horizonte de la vida cristiana, no mera esperanza en la supervivencia del alma tras la muerte ni una vida de segunda con respecto a Dios.

Y esta esperanza no podía dejarla atrás la Iglesia, por mucho que le costase explicarla a sus coetáneos. Olvidarse de alguno de estos puntos hubiera sido volver a caer de la alegría cristiana, de la luz y del brillo del Evangelio, a la pálida luz de esta tierra, a los consuelos miserables de esta tierra.

Así pues, aunque fuese difícil hablar de la resurrección de la carne, san Agustín insiste en ello.

Y si la carne tiene este destino y el hombre es uno, no puede pensarse en que tal destino no implique un juicio. El juicio de Dios es una idea innata en el corazón del hombre. Cualquier niño, cuando llega a la edad adecuada, sabrá que hay una presencia interior que juzga sus obras y sus palabras, que le dice: «esto que has hecho está muy bien» y «esto está muy mal». Cualquier niño podrá reconocer la sonrisa luminosa de esta presencia interior cuando su juicio es favorable y su reprensión cuando su juicio es contrario. Cualquier niño puede experimentar el gozo y la alegría o la pesadumbre y la vergüenza, ante uno u

otro juicio. Cualquier niño puede experimentar esta presencia interior que juzga o manda sobre cosas concretas, que provoca emociones que solo provoca una presencia personal, no un mero código ético aprendido de otros.

Por eso, un niño enseguida entiende que el hombre puede y debe ser juzgado por Alguien, que según sus obras puede y debe ser juzgado por Dios. Somos nosotros los que nos empeñamos en no hablar nunca de eso y de acallar la conciencia del niño, diciendo que Dios no es así, que Dios es bueno. Ciertamente, bueno es, misericordioso es, pero justo también. Dios es justo. Si no fuese así, ¿quién hará justicia de los miles de hombres, mujeres y niños, que sufren los crímenes de los malvados? El otro día vi un fotografía en internet. Era una niña que estaba siendo vendida por los del Estado Islámico, en un mercado de esclavos. Su rostro evidenciaba el terror. El rostro del hombre que la exhibía mostraba satisfacción e impunidad. Si Dios no es justo, ¿quién hará justicia de los cientos de niñas como esas que están siendo tratadas como mercancía, como esclavas sexuales, que están siendo violadas y masacradas?

En realidad, que Dios sea justo y que esperemos un juicio justo es una Buena Noticia, forma parte del Evangelio. Es una buena noticia sobre todo para los pobres, para los que sufren la injusticia en este mundo, para los que son oprimidos, para los que no tienen la fuerza o la inteligencia para defenderse.

Por tanto, la resurrección de la carne y la responsabilidad del hombre entero, cuerpo y alma, ante Dios, forma parte del Evangelio.

El hombre no está solo ante la justicia de Dios con su debilidad y con su pecado, tenemos la gracia, tenemos a Cristo, tenemos al Espíritu Santo. Las dos cosas, gracia y mérito, son parte del Evangelio. El hombre realmente libre, responsable de su vida, no una mera marioneta, es parte del Evangelio. Si el hombre no tuviese responsabilidad en su destino, entonces su libertad sería solo aparente. Y si eso fuese así, sería imposible la relación de amor con Dios. ¿Hay amor sin libertad? Y entonces, ¿qué significaría vivir eternamente? Solo significaría sometimiento (Islam, por cierto). Y entonces también sería falso que Dios es Trinidad, que Dios es amor. Y si Dios no es Trinidad, si Dios no es amor, ¿quién es Jesús? ¿Solo un profeta?

Cuando san Agustín insiste en el tema de la vida eterna, de la resurrección de la carne y del juicio, no está siendo original. La responsabilidad personal en el destino eterno se remonta al mismo Jesús. Recordad las severas palabras de Jesús sobre el Juicio (Cf. Mt 25,34). Somos nosotros los que hemos arrinconado estos temas.

San Agustín no dice que atemorizamos a nadie con el fuego del infierno. Pero hablar de la resurrección y del juicio no es atemorizar, es llamar al hombre a tomar las riendas de su vida hacia un destino alto, a no dejarse engañar por la vanidad de este mundo, por el espíritu mundano que parece gobernarlo todo, y a encaminarse hacia el destino más alto, a aquel al cual nos llama Cristo resucitado. Cristo nos llama a este destino ¡Nos llama! ¡No nos lleva como muñecos o marionetas! ¡Somos libres! Él llama a nuestra libertad.

Sería bueno hacer examen de conciencia sobre nuestras catequesis y sobre los métodos de catequesis en este punto del que tan poco nos gusta hablar. ¡Gran error! La CEE publicó respecto a este tema de la vida eterna un documento muy valioso que valdría la pena retomar: *Esperamos la resurrección y la vida eterna*³.

Nosotros en la primera catequesis también debemos tener en cuenta este consejo de san Agustín. Tras mostrar el amor que Dios ha desplegado a lo largo de toda la Historia de la Salvación debemos mostrar que ese amor es la llamada de un amor eterno: que tenemos alma y cuerpo, que ambos forman una unidad, que somos responsables de nosotros mismos ante Dios, que hemos de decidirnos de una vez para siempre ante esta oferta de amor. Después de mostrar el amor de Dios al hombre, debemos anunciar que este amor no es un amor pasado, sino un amor que nos abre a la eternidad y a la plenitud: un amor que no muere y que nos llama a una decisión fundamental. Solo el horizonte de este amor eterno y perfecto hace comprensible la lucha que también supone la vida cristiana contra el pecado, y la exigencia, incluso de mantener la fe aun a costa de la propia muerte. ¿No sería una desproporción que los cristianos de Irak o de Nigeria, como antes nuestros abuelos o bisabuelos, estuviesen afrontando la muerte, si no esperasen la vida eterna y si no esperasen la justicia de Dios? Hoy, como en tiempos de san Agustín, este asunto, presentado en su momento y de forma adecuada, es del todo irrenunciable.

Retomo las palabras completas de san Agustín:

«Una vez terminada la narración, debemos insistir en la esperanza de la resurrección, y según la capacidad y facultades del oyente, y en función del tiempo disponible, debemos ocuparnos, frente a las vanas burlas de los infieles, de la resurrección del cuerpo y de la bondad del juicio final para los buenos, y de la severidad del mismo para los malos, y de la justicia para todos. Una vez recordadas con horror y desprecio las penas de los impíos, debemos

³ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Esperamos la resurrección y la vida eterna* (1995).

predicar con ardor del reino de los justos y de los fieles y de aquella ciudad y de su gozo»⁴.

2. PREVENIR DE LOS ESCÁNDALOS DE FUERA Y DE DENTRO

Prevenir de los escándalos de fuera y de dentro es el segundo asunto en el que debemos insistir: **«Este es el momento oportuno para instruir y estimular la debilidad de los hombres frente a las tentaciones y los escándalos, de fuera o de dentro de la Iglesia: fuera, contra los paganos, los judíos y los herejes; dentro, contra la paja de la era del Señor»⁵.**

Veamos, primero, cómo prevenir a estos que están comenzando y que acaban de escuchar el relato de la historia de la salvación, de los escándalos que vienen de fuera: **«No hemos de enfrentarnos contra cada uno de los tipos de perversidad, ni hemos de refutar cada uno de sus errores con argumentos propios, sino que, de acuerdo con el poco tiempo del que disponemos, hemos de demostrar que todo esto ya estaba predicho, al tiempo que mostramos la utilidad de las tentaciones para la instrucción de los fieles, y la oportunidad de la medicina en el ejemplo de la paciencia de Dios, que permitió que estas cosas permanecieran hasta el final».**

Por lo tanto, el consejo de san Agustín es prevenir de los diversos errores que sobre la religión se pueden encontrar nuestros catequizandos. Lo que debemos hacer con estos errores que son siempre ocasión de escándalo para los más débiles en la fe es lo siguiente:

- **Identificarlos**, mostrar cuáles son estos errores que pueden encontrarse los que empiezan el camino de la fe. ¿Seríamos capaces nosotros de identificar los errores que son capaces de llevar al escándalo, a la separación de la fe común de la Iglesia, de sofocar la fe de los más débiles? Tendríamos que conocer bien estos errores: errores sobre la comprensión del mundo y del hombre, sobre la comprensión de Dios, es decir, errores de tipo filosófico e ideológico; errores sobre la comprensión de lo que es el camino del hombre a Dios, es decir, errores sobre la comprensión de lo que es el camino religioso, errores como el Islam; errores que afectan a la moral personal o social y que implican una negación de la fe. ¿Tendríamos nosotros la luz suficiente

⁴ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 465

⁵ *Ibid.*, 465

para identificarlos y el valor suficiente para advertir sobre su naturaleza perniciosa y malévola? Necesitamos sacerdotes y catequistas que sepan identificar estos errores, ponerles nombre y desenmascararlos. Quizá no todos los catequistas tengan esta capacidad ni tengan por qué, pues uno que da lo que tiene no está obligado a más, pero es necesario que haya quien sí tenga esta capacidad.

- Después de señalar cuáles son estos errores, debemos **mostrar que ya los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento alertaban sobre ellos**. Eso significa entender que dichos errores, que atentan realmente contra la fe y son capaces de agostar la fe verdadera, no se le escapan a Dios y a su providencia amorosa, que forman parte de la lucha y del mérito de la fe.
- Eso nos lleva ya al último paso que debemos dar al señalar estos errores: debemos mostrar que son **una oportunidad para crecer en la fe**. La lucha por la fe es una oportunidad para fortalecerla. El cristianismo siempre ha tenido este sentido positivo de confiar en la verdad de la fe, el no temer la confrontación clara, sabedor de que nuestra fe no es una construcción humana, sino que responde a la revelación del Dios que es la Verdad. Por eso no rehuimos el diálogo con nadie en el marco de la razón.
- Y cuando este diálogo no es posible, queda **imitar la paciencia de Dios**. Padece el error, como se padece el pecado, como se padece la injusticia, sabiendo que el verdadero ataque del enemigo no es sino descabalgarnos de la verdadera fe, que nos da el conocimiento y la comunión con Dios.

Pero según san Agustín no basta prevenir de los escándalos de fuera, también hay que prevenir de los escándalos de dentro. San Agustín emplea más tiempo con estos escándalos de dentro que con los de fuera:

«Cuando, en cambio, se trata de aquellos cuyos grupos malintencionados llenan materialmente las iglesias, se le deben recordar de modo breve y conveniente, al mismo tiempo, los preceptos de la convivencia cristiana y social, para que no se dejen seducir fácilmente por los borrachos, los avaros, los tramposos, los jugadores, los adúlteros, los fornicadores, los amantes de espectáculos, los vendedores de remedios sacrílegos, los hechiceros,

matemáticos⁶ o adivinos, los astrólogos o charlatanes, y otros de la misma calaña. De esta forma no podrá pensar que ha de quedar impune al ver que muchos que se llaman cristianos son partidarios de tales artimañas, y las practican y las defienden y las aconsejan y las justifican. Se le debe mostrar efectivamente con el testimonio de los libros sagrados cuál es el fin que tienen garantizado los que perseveran en este género de vida, y cómo deben ser tolerados en la Iglesia, de la que al final de los tiempos serán separados. Al mismo tiempo se le debe prevenir de que en la Iglesia también encontrará muchos buenos cristianos, ciudadanos auténticos de la Jerusalén celestial, si él mismo comienza a serlo»⁷.

Cuando se ha encarecido el amor de Dios al hombre, tal como él lo ha manifestado a lo largo de toda la historia de la salvación y tal como se ha vaciado en su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, el corazón del catecúmeno está en disposición de decidirse por este amor o rechazarlo. Pero sucede muchas veces lo que Jesús advierte en el Evangelio: «**El espíritu está pronto, pero la carne es débil**». El catecúmeno experimenta el deseo de seguir a Cristo. Él no sabe exactamente aún lo que le deparará el camino del seguimiento a Cristo, pero experimenta el deseo de responder a tanto amor, tal como dice el salmo: «**¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?**». Sin embargo, al contemplar entre otros catecúmenos que van por delante o entre los que ya son fieles, incluso entre los catequistas y entre los sacerdotes y consagrados, una vida —no diré pequeña moralmente, sino acomodada a la pequeñez, sin tensión, sin nervio, sin esa tendencia propia de un corazón sano, que desea responder con un amor digno a quien tanto lo ha amado— entonces experimenta una especie de bajón moral, de hundimiento del espíritu, como si sus deseos fueran una ilusión ingenua. A esa decepción se sumará su propia tendencia natural al pecado, que no desaparecerá mientras viva en esta vida mortal, y entonces se debilita su fe.

Es triste ver cómo los mejores deseos de los que son iniciados en la fe, niños o jóvenes, muchas veces son enfriados al ver el tenor de la vida moral de los que se llaman cristianos, no solo por las debilidades que tengan, sino por la poca tensión moral en la que viven. Es necesario poner una defensa alrededor de la fe de los catecúmenos para que la devoción de su fe no se enfríe y no lleguen a poner en duda la misma fe. San Agustín señala directamente a la parábola de la cizaña como instrumento para la advertencia. Dios es paciente, pero al final separará la

⁶ Estos «matemáticos» no son los expertos en matemáticas tal como los conocemos ahora, sino una especie de adivinos que sustentaban su superstición en cálculos numéricos.

⁷ *Ibid.*, 465-466

cizaña del trigo, el grano de la paja (Cf. Mt 13,24-30). Y, bautizados o no, su inmoralidad no quedará impune.

Pero no solo hay que advertirlos para que no caigan en la mediocridad o en la inmoralidad de muchos que se llaman cristianos, hay que animarlos de forma positiva a que busquen la compañía de los buenos: quien realmente quiera seguir a Cristo, encontrará otros cristianos que lo acompañen en el camino: **«En la Iglesia también encontrará muchos buenos cristianos, ciudadanos auténticos de la Jerusalén celestial, si él mismo comienza a serlo».**

San Agustín debió de observar este peligro para la fe de los que se inician muchas veces, porque advierte sobre ello en otras ocasiones. Os quería traer un ejemplo de cómo el mismo Agustín advierte a los que le escuchan sobre este peligro. Se trata de un párrafo del sermón 96, que es un comentario a las palabras del Evangelio: **«Jesús, llamando a la muchedumbre junto con sus discípulos, les dijo: “Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga”**». Advierte de aquellos que desde dentro de la comunidad cristiana le pueden desanimar al verdadero seguimiento de Cristo, luego les invita a ir hasta el final, hasta el martirio si es necesario y, en todo caso, a configurar la vida propia con Cristo crucificado:

«Cuando comience a seguirme en mis costumbres y preceptos, tendrá muchos contradictores, muchos que le pondrán obstáculos, que le disuadan, y esto de entre los que figuran como compañeros de viaje de Cristo. Al lado de Cristo caminaban quienes prohibían clamar a los ciegos. Si quieres seguirle, pon en la cruz tanto las alabanzas como las caricias o cualquier clase de prohibiciones; toléralos, sopórtalos y no sucumbas. Parece que en estas palabras del Señor se exhorta al martirio. En caso de persecución, ¿no debe despreciarse todo por Cristo? Se ama el mundo, pero antepóngase aquel por quien fue hecho el mundo. Grande es el mundo, pero mayor aquel por quien fue hecho el mundo. Suave es el mundo, pero más suave aquel por quien fue hecho el mundo».

Como se ve, san Agustín pone en evidencia la tentación de una vida cristiana mediocre y a los que nos incitarán a ella no solo con su vida, sino con todo tipo de razonamientos con los que quieren justificarse. Y para evidenciar esta triste forma de vivir el cristianismo, muestra el camino de la perfección cristiana: el camino de la configuración de la propia vida con la cruz de Cristo. Como veis, después de anunciarles el amor de Dios, hay que advertir a los que quieren acogerlo del peligro de quedarse a medias y de cuál es la verdadera medida de la

vida cristiana. ¡Cuando ya ha sido manifiesto el amor de Dios, no hay más que provocar y sostener el deseo de una justa respuesta a ese amor!

Orígenes, otro gran catequista y maestro de catequistas, había aprendido del ejemplo de su propio padre el valor de un amor fiel a Cristo hasta el martirio. En efecto, Leónidas, el padre de Orígenes, murió mártir. Orígenes, que era un muchacho, alentaba a su padre y lo animaba para que se mantuviese fiel a Cristo hasta la muerte. Y cuando años después se dedica a la catequesis y tiene que alentar a otros cristianos a no sucumbir ante los tormentos, les escribe palabras como estas:

«El santo es generoso y desea corresponder a los beneficios que Dios le ha hecho; busca qué poder devolver al Señor por cuanto de él ha recibido. Halla que una persona de nobles deseos no puede dar a Dios nada que corresponda a sus beneficios como la perfección del martirio. Alude a este planteamiento lo escrito en el salmo 116: "¿Cómo podré pagar al Señor todo el bien que me hace?" (Sal 116,12) Y la respuesta a la cuestión planteada sobre qué devolver al Señor por todo lo que ha recibido de él se halla en estas palabras: "Levantaré la copa de la salvación e invocaré el nombre del Señor" (Sal 116,13)»⁸.

La copa de la salvación es una clara alusión a la sangre derramada de Cristo y de los mártires de Cristo, con lo que llegamos a la tercera advertencia que Agustín dice que hay que hacer a estos simpatizantes que están a punto de ser admitidos en el Catecumenado de la Iglesia.

3. PONER LA ESPERANZA EN DIOS Y LANZARSE «A LA CARRERA»

Hay que advertirles, dice, de que no pongan su esperanza en hombre alguno, sino solo en Dios y así se empeñen en progresar en el camino de Cristo: **«Y aquí llegamos al punto que debemos destacar especialmente, a fin de que el que nos escucha, o mejor dicho, el que escucha a Dios por medio de nosotros, comience a progresar en su modo de vida y en su doctrina, y avance con brío por el camino de Cristo, y no se atreva a atribuirnos ni a nosotros ni a sí mismo esta realidad, sino que se ame a sí mismo y a nosotros y a todos sus amigos en**

⁸ ORÍGENES, *Exhortación al martirio* V, 28 (B.A.C., Madrid 1999) 94

aque! y por aquel que le amó cuando era enemigo y, justificándolo, quiso hacerlo amigo suyo»⁹.

Poner la esperanza en alguien, significa no solo fiarse de alguien. Ese es un primer sentido: «Maldito el hombre que confía en el hombre y pone en él su apoyo» (Jr 17,5), porque es muy fácil que el hombre, aun el que parece más santo, nos decepcione. La verdad de un hombre solo se manifiesta reamente en su desenlace. Y nada hay más incierto que este desenlace. El que ahora es ladrón puede acabar siendo un santo, y el que parece un santo, puede terminar siendo un ladrón. De ahí la advertencia de la Escritura: el hombre que sigue a Cristo debe saber que la debilidad es una característica de todo hombre, que el pecado está siempre a nuestro alcance, por horrendo que nos parezca en un momento, que todos podemos ser tentados y caer. Debe saber eso para que, si ve a su catequista o al sacerdote caído, no caiga él. Pero «poner la esperanza» significa también, y sobre todo, hacer de algo el objeto de la espera de una vida, el horizonte, la meta de la vida. Y aquí sí, debemos alertar bien: solo Cristo, su misma persona, es el objeto y el fin de la vida cristiana. Como el mismo san Agustín dirá en la polémica pelagiana: «El don de Cristo es su misma persona». «El hambre verdadero se acalla únicamente con el alimento que corresponde a la naturaleza del hombre»¹⁰, decía el gran san Bernardo. Y ese pan es Cristo. Alcanzarle a él, que nos ha alcanzado antes a nosotros, parafraseando a san Pablo (Cf. Flp 3,7-14) , alcanzarle a él es nuestra meta.

Es decir, hay que anclar su corazón en Cristo y lanzarles en su verdadero seguimiento. Este último consejo pone al que quiere entrar en el catecumenado en el camino de la santidad como clave de respuesta a Cristo y de seguimiento a Cristo.

Esto está en relación directa con lo que dijo el Papa Juan Pablo II, que tantas veces hemos repetido:

«Si el bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial. Preguntar a un catecúmeno: “¿quieres recibir el Bautismo?”, significa preguntarle: “¿quieres ser santo?” Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: “Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial” (Mt 5,48) » (NMI 31).

⁹ S. AGUSTÍN, *De Catechizandis Rudibus*, 466-467

¹⁰ SAN BERNARDO, *A los clérigos, sobre la conversión*, 26. (B.A.C., Madrid 1993)

Busquemos también nosotros una santidad verdadera y real, para llamar a nuestros catequizandos a algo real y tangible, no a una idea que a duras penas pueden imaginar. No les llamemos a la santidad sin mostrarles que realmente nosotros mismos estamos empeñados en ella.

P. Enrique Santayana C.O.